

RAÍZ ESPIRITUAL DEL DESORDEN ECONÓMICO CONTEMPORÁNEO

La cuestión económica actual es grave no porque se trate de un problema político, sino porque es, en el fondo, un problema religioso. Si, con Meinvielle, definimos al capitalismo como “*un sistema económico que busca el acrecentamiento ilimitado de la ganancia por la aplicación de leyes económicas mecánicas*”¹, no podemos dejar de observar que la vida social del mundo moderno, regida por este sistema, está cimentada en la idolatría del dinero. Es común, incluso entre los mismos cristianos, ver el problema político-económico a la luz de criterios mundanos, como si el único de los males a remediar fuese la pobreza material. Buscar resolver la cuestión en esos términos es en el fondo condenarla al olvido, porque es imposible encontrar una solución universal a tal problema en la vida presente, para confirmación de lo cual tenemos la advertencia de Jesucristo, cuando afirma que siempre tendremos pobres entre nosotros². Incluso si fuera solucionada la pobreza, el problema seguiría existiendo, porque el asunto último no se trata de cómo acumular y distribuir la riqueza de tal modo que abunde para todos, sino de cómo disponer de las riquezas, que son instrumento, de tal modo que ni la miseria del cuerpo ni el desordenado apego del alma constituyan obstáculo al verdadero fin de la vida humana, que es la salvación.

Por lo tanto, la verdadera dificultad respecto de las riquezas es la de no amarlas desordenadamente; desorden que, dado en grado superlativo, lleva al hombre a constituir las en ídolo; porque todo lo que recibe el lugar de fin último, recibe en el corazón humano el lugar que corresponde al verdadero Dios. De ahí las palabras de Jesucristo, cuando dice: “Nadie puede servir a dos señores: porque odiará al uno y amará al otro; o se adherirá al uno y despreciará al otro. Vosotros no podéis servir a Dios y a Mammón”³. También, en las cartas de San Pablo, encontramos que avaro es lo mismo que idólatra⁴, y que la avaricia es “la raíz de todos los males”⁵.

La avaricia, vicio por el que se apetecen desordenadamente las riquezas, puede, entonces, convertirse en el mayor de los pecados, que es la idolatría⁶, profundamente emparentada con la soberbia.

¹ Cfr. Meinvielle, Julio, *Concepción católica de la economía*, Edición de los Cursos de Cultura Católica, 1936, p.22.

² Mateo 26, 11.

³ Mateo 6, 24.

⁴ Efesios 5, 5.

⁵ 1 Tim 6, 10.

⁶ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, traducida por Ismael Quiles S.J., *Suma Teológica*, II-II, c.94, a.3, Club de Lectores, Buenos Aires, 1948.

La idolatría es condenada repetidas veces en las Escrituras como la adoración que hace el hombre de las obras de sus manos⁷. La referencia directa a los ídolos que se construían los paganos, y adoraban a través de estatuas hechas con sus propias manos, puede ser extendida a cualquier otra forma por la que el hombre pretenda alcanzar a Dios por sus propios medios y fuerzas, es decir, el tener un dios visible y al alcance, a su medida, fabricado por él mismo. Está, de este modo, íntimamente vinculada a las raíces más hondas del orgullo, pecado por el cual cayeron los demonios, y luego, también, Adán y Eva. Santo Tomás explica que el diablo “aspiró indebidamente a ser semejante a Dios, codiciando como último fin la felicidad a que podía llegar por su propia natura, y apartando su querer de la beatitud sobrenatural, que se obtiene por la gracia. Y, si apeteció como su fin último aquella semejanza de Dios, que es por gracia, pretendió alcanzarla por virtud de su natura, y no por el auxilio de Dios según sus disposiciones (...). Y las dos cosas acaban en una, que es pretender con su propia virtud la felicidad, lo cual es propio de Dios. Y, como lo que es de suyo, es principio y causa a lo que es de por otro, ambicionó además como consecuencia cierto principiado sobre los demás seres (...)”⁸. Esta explicación que hace el Doctor Angélico acerca de la soberbia en tanto pecado puramente espiritual nos permite, también, encontrar la raíz más honda del pecado en cuanto tal, que es la de “pretender con la propia virtud la felicidad”.

Así, de manera análoga, cuando un hombre pretende alcanzar la felicidad mediante la adoración de un ídolo cualquiera, en el fondo lo que desea es alcanzar la felicidad por sus propios medios. Aunque en apariencia tribute honores a dioses imaginarios, lo que pretende mediante estos tributos es el dominio de su fortuna mediante el favor de tales ídolos que, según se supone, hacen prodigios visibles. De esta manera, puede lo mismo constituir el hombre en falsa divinidad a Júpiter, adorado en una imagen, que a cualquier otra creatura de la cual crea poder alcanzar su dicha teniéndola favorable.

Si antes del cristianismo la falsa religión consistió en la adoración de falsos dioses a través de imágenes visibles, destronados estos, la idolatría mudó subrepticamente al culto de otros menos visibles; y la hoy manifiesta decadencia occidental y el estado actual de la Iglesia en el mundo no pueden ser sino consecuencia de este hecho. La reforma protestante, el idealismo filosófico, los nacionalismos, la democracia y, en última instancia, el capitalismo

⁷ Por ejemplo, Isaías 2, 8 .

⁸ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, traducida por Leonardo Castellani S.J., *Suma Teológica*, I, c.63, a.3, Club de Lectores, Buenos Aires, 1944. Al comentar esta cuestión, el p. Castellani afirma: “el mundo moderno se encamina hacia el pecado supremo de Luzbel. Quiere hacer la torre que llega al cielo y violar el Paraíso custodiado por la Espada de Fuego. Quiere sin Dios o contra Dios, fabricar la felicidad personal o colectiva. Habiendo negado primero a Dios como Primer Principio, naturalmente quiere apartarlo como Último Fin. Quiere endiosarse con sus propias fuerzas (...)”.

y sus variantes, junto con el tecnologismo actual, no son sino diversos modos por los que el hombre ha intentado salvarse por sus propios medios. Un espíritu de dominio y, digamos con Nietzsche, voluntad de poder, subyace en los actos por los que el hombre se sigue separando de Dios, para hacerse él mismo señor de sí. El castigo correspondiente ha sido el que, en este camino descendente, el mundo haya ido a parar en la adoración de lo más bajo, que es el dinero, signo artificial de las riquezas exteriores.

En efecto, Santo Tomás señala como causa principal de la búsqueda ilimitada de dinero el “querer vivir según la propia voluntad”⁹. En la misma sintonía, puede ser interesante leer una cita de Dostoievski, quien, en su novela *El adolescente*, hace referencia al vínculo psicológico entre la búsqueda de dinero y la voluntad de poder, cuando en boca del protagonista pone las siguientes palabras:

“(...) mi idea es ser Rothschild, ser tan rico como Rothschild; no simplemente rico, sino precisamente como Rothschild. (...). Que se sepa bien esto: (...) todo el objetivo de mi idea es el aislamiento.

-Pero ese aislamiento puede empeñarse sin llegar a ser un Rothschild. ¿Qué tiene que ver Rothschild con todo esto?

-Es que, además del aislamiento, quiero también el poder.”¹⁰

La codicia de esta clase de personas, que buscan “vivir según su propia voluntad”, tiene su raíz en el orgullo de querer alcanzar la felicidad por sí mismas. Se trata, como dijimos antes, de un vicio idolátrico. Quien quiere vivir según el propio deseo, pretende que su voluntad sea regla de la felicidad, lo cual es decir, que su voluntad sea el último fin. Tal inclinación moral trae como consecuencia una ambición de dominio sobre la realidad, con el propósito de que esta se ajuste a lo que el individuo quiere; actitud psicológica que hoy vemos tan difundida, y que trae tantos desórdenes consigo.

La razón por la que tales espíritus buscan el dinero es porque este, en palabras de Tomás, “tiene una utilidad universal con respecto a todos los bienes temporales”¹¹. Cuando el vivir según la propia concupiscencia es considerado el bien absoluto, es natural que el fin perseguido sea la acumulación de riquezas. La actitud de poner la felicidad en el bien útil, que a los doctores antiguos parecía irracional, como en efecto lo es, tiene, conforme a este espíritu, algún sentido. Siendo el bien útil aquel que no se quiere por sí mismo, si no en

⁹ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Sententia libri Politicorum*, traducida por Ana Mallea *Comentario a la Política de Aristóteles*, Ediciones Universidad de Navarra, Navarra, 2001, lib. 1, lec. 8, n. 85.

¹⁰ Cfr. Fiodor Dostoievski, *El adolescente*, traducción de Mariano Orta Manzano, Editorial Juventud, Barcelona, 2018, p.98.

¹¹ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Sententia libri Ethicorum*, traducida por Ana Mallea *Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles*, lib. 1, lec. 5, n. 41, Ediciones Universidad de Navarra, Navarra, 2010.

orden a otro, para un espíritu cuyo único fin es la satisfacción de lo que él quiere, lo útil se vuelve, de algún modo, lo más próximo al sumo bien, puesto que es el medio para alcanzar cualquier cosa que pueda satisfacer la concupiscencia humana. El dinero, cuya esencia es la de ser bajo todo aspecto un medio, en cuanto signo de lo útil, es el útil por excelencia; y, por lo tanto, es el bien que posibilita al hombre escoger la vida que quiera. De allí que cierta clase de hombres busquen alcanzar por sí mismos la felicidad con el dinero, y, una vez acaparado, utilicen su poder para sus propios fines, distintos del bien común.

Si esta es la razón por la que ciertos espíritus aman la ganancia, la realidad nos muestra que el hombre que pertenece a las masas, por lo general, es más simple, y su avaricia está vinculada más bien a sus pasiones y a la búsqueda de placeres. Tomás también reconoce esta posibilidad, cuando afirma que hay también otra causa por la que los hombres buscan aumentar el dinero sin límites; y esta consiste en que algunos, aunque quieren vivir bien, buscan la felicidad en los deleites corporales¹². Cuando las masas se vuelcan hacia este tipo de vida, devienen fácilmente dominables por los poderosos, de modo que la estructura social completa, en su parte dominante y la que le es sujeta, queda sometida a la idolatría del dinero.

Por lo tanto, sería necio estudiar el problema económico actual como un asunto aislado, como si todo se tratase de escoger o diseñar el mejor “sistema”. Mientras subsista el espíritu idolátrico, ninguna riqueza, ningún progreso técnico, ninguna comodidad que pueda conseguir el hombre será un bien, antes, por el contrario, lo hundirá más profundamente en su mal. De este modo, conviene verlo como lo que es, es decir, una parte de un fenómeno espiritual más profundo, que abarca no solo lo económico, sino toda la vida de un mundo que ha decidido seguir su camino sin Dios, para endiosarse a sí mismo.

Porque si se yerra en el fin, se yerra en todo lo demás. Así, en el moderno mundo capitalista, la comunidad política toda queda estructuralmente enferma. Podemos enunciar esquemáticamente algunas características de una sociedad sometida a tal desorden.

1. En primer lugar, al ser el crecimiento económico el fin mayor que persiguen las naciones, las sociedades quedan estratificadas, como es esperable, no según las disposiciones naturales y habituales de los hombres, en miras al bien común, sino bajo el criterio de la cantidad de dinero, en pos de lo que nadie sabe qué es, pero todos llaman progreso.

¹² *Sententia libri Politicorum, op. cit., lib. 1, lec. 8, n. 85.*

2. Como el crecimiento económico no es una medida de fin, sino de progreso, es necesario que tales sociedades vivan mirando al futuro, en un activismo constante, sin parar de moverse, porque no hay bien en el cual reposar.
3. Los pueblos pierden así su orden natural, y, cada uno de sus estratos, a su manera, queda sometido a una cierta esclavitud de las riquezas. Si la vida moral se rige por la primacía de la voluntad individual, en la cabeza de las naciones estarán quienes mejor puedan imponer la suya; esto es, los más ricos. Pero estos no miran al bien común, sino al individual, por lo que en rigor las sociedades quedan sin gobierno auténtico, cada uno vela por sí mismo, y todos quedan a la merced de un sistema diseñado para generar dinero mecánicamente.
4. La clase dominante tiende a acaparar una porción mayor de la riqueza para sí, dado que, aunque crezca la renta nacional y alcance para que todos tengan más, el fin que persiguen las cúpulas no es tanto el placer como el dominio.
5. Al ser la voluntad rectora, la inteligencia es sierva, por lo que la única vida intelectual a la que se le da lugar es a la de las ciencias útiles, y así tiende a desaparecer la sabiduría, en un círculo vicioso. La educación se vuelve burocrática y procedimental, de orden técnico, tanto en sus procesos como en sus fines. La inteligencia se vuelve esclava en un sistema que tiende a volverla eficiente; ya no especulativa, sino especuladora.
6. El hombre político o de ingenio práctico, en la persecución de la virtud y los honores, tiende en este sistema a acomodarse a la moral establecida, que en el mundo moderno comúnmente recibe el nombre de “buenos valores”, y es la más de las veces una moral aburguesada. El talento político y la inteligencia práctica se inclinan de más en más, en vez de a las virtudes militares y cívicas, a las virtudes empresariales, que es lo que al fin y al cabo otorga honores; por lo que ciertamente crecen los puestos de trabajo asalariado, en la misma medida que merma la moral social. Disminuye el número de gobernantes y crece el de los empresarios, quedando así las responsabilidades civiles en manos de obsecuentes útiles, y con esto, la parte del pueblo que vive principalmente según el sentido carece de un ordenamiento superior que la oriente hacia una vida moral más elevada que la del sentimiento y el placer.
7. Esta parte de la población, carente de verdadera educación y gobierno, queda condenada a una vida cuasi animal, e incluso más baja, cuando rompe con el orden natural. Tiende a crecer de más en más la vida voluptuosa, cuya característica propia es, según comenta nuestro santo Doctor, “poner el fin en los más grandes placeres, los

que siguen a las operaciones naturales, aquellas por las cuales se conserva la naturaleza: en el individuo, la comida y la bebida; y en la especie, la unión sexual”¹³; la cual meta es todo lo que, como es manifiesto, ofrece el capitalismo al consumidor actual, de quien se espera que sacrifique por los deleites instantáneos incluso los bienes temporales más duraderos.

8. El espíritu capitalista rompe así, sobretodo, con la primera comunidad en la que se cimientan todas las demás, que es el matrimonio; ruptura de la cual no es necesario enunciar sus manifiestas e innumerables consecuencias, dado que esto solo es suficiente para corromper todo el ordenamiento social. El amor deviene en romanticismo y este último, en bestialidad. Un autor francés, F. Hadjadj, llama la atención en este punto sobre la actitud frecuente entre los cristianos de denunciar la destrucción de la familia sin percatarse de su vinculación con el sistema tecno-económico que la ocasiona¹⁴.
9. Las personas, ya por estas solas y aisladas, ya por estar desposeídas, o ambas cosas a la vez, dependen cada vez más del trabajo asalariado, y como todo se hace principalmente por el dinero, se abusa cada vez más de “cualquier posibilidad, de la virtud, del arte o del oficio”¹⁵ convirtiéndolos en modos de adquirir riquezas. En un mundo en que prima la utilidad y la eficiencia, en detrimento de la perfección de la obra, decaen necesariamente las artes y los oficios.
10. El ansia del dominio exige el progreso indiscriminado de la tecnología, que no se acomoda a los ritmos ni límites de la naturaleza humana, con las consecuencias que eso conlleva.
11. La decadencia del orden moral social y familiar no puede sino redundar en crecientes trastornos morales y psicológicos individuales, por la influencia de los factores antes mencionados, es decir, el espíritu generalizado de voluntad de dominio en unos y goce instantáneo en otros, frutos de la desesperación de querer encontrar la felicidad en esta vida.

Pretender encontrar una solución cabal por nuestros propios medios a este problema sería caer en la trampa. Sería equivalente a la pretensión de alcanzar el cielo en la tierra, y

¹³ *Sententia libri Ethicorum*, op. cit., lib. 1, lec. 5, n. 31.

¹⁴ Para indagar más acerca de la posición de este autor, que vincula, en un artículo muy interesante, el romanticismo y el industrialismo moderno, ver:

<https://www.almudi.org/articulos/11905-oikos-o-la-relacion-hombre-mujer-en-el-marco-de-una-ecologia-integral>

¹⁵ *Sententia libri Politicorum*, op. cit., lib. 1, lec. 8, n. 85.

con las propias manos. Por lo tanto, la primera respuesta a esta situación del mundo actual es, ante la desesperación que le da origen, la esperanza en las intervenciones que pudiese hacer Dios según los designios de su Providencia, y, sobretodo, en la victoria definitiva y final que tendrá lugar cuando vuelva Jesucristo. Ante el orgullo de querer alcanzar la felicidad por nosotros mismos, podemos responder esperando la salvación que no viene de nosotros sino del Cielo, con la certeza de que “todo coopera para bien de los que aman a Dios”¹⁶.

Aceptar la realidad tal como es y nos toca no implica tampoco una actitud de dejadez. La Iglesia no ha hecho la vista gorda a la cuestión y en el último siglo se han escrito numerosas encíclicas acerca de la cuestión social. En esta línea, han surgido propuestas como las del distributismo de Chesterton y Belloc, que muchas veces ha sido descartado por utópico.

En filosofía moral, donde se trata de la ordenación de los medios para llegar a los fines, lo primero son los fines. Un recurso útil para una mente que no quiere discutir acerca de los fines es correr el debate al campo de los medios. De esta manera, los promotores del capitalismo suelen fundar su discurso en la afirmación de que este sistema sería “el mejor de los aplicables”. Se afirma que es el mejor medio posible, y con eso, se desechan los demás.

Así, se descarta la doctrina social de la Iglesia, o sistemas cimentados en ella, como el distributismo, por ser considerados ineficaces en materia económica. Sin embargo, la consideración de si un medio es eficaz o no, depende del fin al cual se ordene. Para un mundo que persigue el crecimiento económico acelerado de manera indefinida, el medio más eficaz será quizás un sistema como el capitalista, que dispone toda la estructura política en orden al crecimiento ilimitado de la ganancia. De acuerdo a una mentalidad tal, el distributismo ciertamente es inútil, porque, al poner como fin último en el orden económico la justicia distributiva, puede resultar perjudicial para el incremento del caudal de bienes materiales. En efecto, es imposible perseguir dos fines que tienen efectos contrarios entre sí: la justa distribución de la propiedad está en pugna con el apetito inmoderado de dinero.

Por lo tanto, nuestro debate no recae en el plano de los medios, sino de los fines. Solo tiene sentido hablar de los instrumentos una vez que se ha hallado el fin. Si sabemos que, de acuerdo a la doctrina de la Iglesia a la que pertenecemos, y según la enseñanza de su Doctor Universal, el bien mayor en el orden económico consiste en la justicia, en sus dos partes, distributiva y conmutativa, es necesario contemplar políticas que tiendan a la consecución de tal orden.

¹⁶ Rom 8, 28.

Es cierto también que, en las circunstancias históricas actuales, y en la misma realidad de la vida temporal, marcada por la naturaleza herida, un sistema como el distributista es de algún modo “utópico”; pero lo es en la misma medida que toda obra perfecta e ideal, en su completo acabamiento, es inalcanzable por la industria humana. Sin embargo, siempre se pueden tomar medidas, por pequeñas que sean, para estar más próximos a la meta. Y de este modo, incluso considerado bajo este aspecto, sigue siendo superior a un sistema como el capitalista, porque el fin del capitalismo no solo es inalcanzable, sino que nunca está más cerca, porque, ¿qué nivel de riquezas saciará al mundo? O bien, ¿cuándo se estará más cerca del infinito que se apetece?

No obstante, el distributismo, o como quiera llamarse el sistema que busque la justicia económica, no es un idealismo, ni simple fantasía. Consciente de las limitaciones presentes, tiene sentido práctico. En esta línea, favorece cualquier medida prudencial que un gobernante o ciudadano pueda tener a su alcance, y que convenga a la justicia en la distribución y en los cambios. De este modo, no solo es aplicable, sino inmediatamente aplicable. Todo se trata de corregir la dirección hacia el verdadero fin, conscientes de que no hay que inquietarse por los bienes temporales, sino que, en la búsqueda de la justicia del Reino de Dios, obtendremos lo demás por añadidura¹⁷.

Por último, creo pertinente concluir este trabajo con unas palabras del p. Meinvielle, en las que es señalado el lugar de la economía en la jerarquía de los fines:

“Santo Tomás ha expuesto en la “Summa contra Gentiles” el lugar de la economía en una jerarquía de valores. «Si se consideran bien las cosas, dice, todas las operaciones del hombre están ordenadas al acto de la divina contemplación como a su propio fin. Pues, ¿para qué son los trabajos serviles y el comercio, si no para que el cuerpo, estando provisto de las cosas necesarias a la vida, esté en el estado requerido para la contemplación? ¿Para qué las virtudes morales y la prudencia, sino para procurar la paz interior y la calma de las pasiones de que tiene necesidad la contemplación? ¿Para qué el gobierno civil, sino para asegurar la paz exterior necesaria a la contemplación? De donde, si se considera bien, todas las funciones de la vida humana parecen estar al servicio de los que contemplan la verdad.» (L. IV, cap. 37).

Mientras no se admita esta jerarquía de valores, no se habrá superado el capitalismo, porque o se sirve a Dios o se sirve a Mammon, el dios de las riquezas.”¹⁸

¹⁷ Mateo 6, 33.

¹⁸ *Concepción católica de la economía, op. cit.*, p. 35. Entendemos que la citación de la Suma contra Gentiles tal como se encuentra en el pasaje ha tenido un error de escritura, la referencia correcta sería: lib. 3, c. 37, n. 7.

Resumen: Raíz espiritual del desorden económico contemporáneo

La cuestión económica actual es grave no porque se trate de un problema político, sino porque es, en el fondo, un problema religioso. Si, con Meinvielle, definimos al capitalismo como “*un sistema económico que busca el acrecentamiento ilimitado de la ganancia por la aplicación de leyes económicas mecánicas*”¹⁹, no podemos dejar de observar que la vida social del mundo moderno, regida por este sistema, está cimentada en la idolatría del dinero. Siendo el bien útil aquel que no se quiere por sí mismo, si no en orden a otro, para un espíritu cuyo único fin es la satisfacción de lo que él quiere, lo útil se vuelve, de algún modo, lo más próximo al sumo bien, puesto que es el medio para alcanzar cualquier cosa que pueda satisfacer la concupiscencia humana. De allí que cierta clase de hombres busquen alcanzar por sí mismos la felicidad con el dinero, y, una vez acaparado, utilicen su poder para sus propios fines, distintos del bien común. De este modo, conviene ver el problema económico actual como lo que es, es decir, una parte de un fenómeno espiritual más profundo, que abarca no solo lo económico, sino toda la vida de un mundo que ha decidido seguir su camino sin Dios, para endiosarse a sí mismo.

Santiago Gotusso

Licenciado en Economía por la Universidad Nacional de Córdoba. Ha cursado estudios de Filosofía en el Studium de los Padres Escolapios de Argentina. Ha sido profesor de nivel medio en las asignaturas de Seminario Socrático, Economía y Sistemas de Información Contable en las Escuelas Pías de Argentina. Investigador del Programa Nacional de Incentivos en la Facultad de Filosofía y Humanidades, de la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente trabaja como economista en el sector privado, y es alumno de la Maestría en Filosofía de la Universidad Católica Argentina.

Correo electrónico: santiago.gotusso@gmail.com

¹⁹ Cfr. Meinvielle, Julio, *Concepción católica de la economía*, Edición de los Cursos de Cultura Católica, 1936, p.22.